

SERMONES DE GRANDES PERSONAJES BÍBLICOS

Tomo 7

Moisés el libertador



Dr. Kittim Silva



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

De la serie: *Sermones de grandes personajes bíblicos*.

Tomo 7: Moisés el libertador, © 2010 por Kittim Silva y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1772-6

1 2 3 4 5 edición / año 14 13 12 11 10

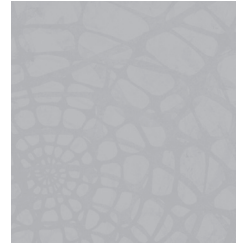
Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Dedicado al

Rvdo. Dr. José Martínez

Eres como un Josué que se paró al lado de un Moisés;
como un Eliseo que caminó al lado de un Elías;
como un Jonatán que recorrió al lado de un David.
José Martínez, has sido un amigo que luchó al lado mío
en un tiempo cuando la lealtad de unos me abandonó,
y la traición y el olvido de otros me acompañaron.
Como amigo pusiste tu "capa y espada" a mi servicio.
Juntos hemos prevalecido y estamos en pie de guerra espiritual.

José, ¡eso nunca lo olvidaré!

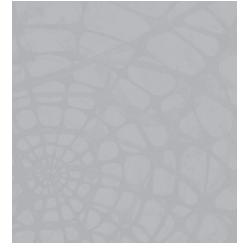


CONTENIDO

Prólogo.....	7
1. “No conocía a José” (Éx. 1:8-10)	11
2. “Y le puso por nombre Moisés” (Éx. 2:10).....	17
3. “Moisés huyó de delante de Faraón” (Éx. 2:15).....	25
4. “Sentado junto al pozo” (Éx. 2:16).....	32
5. “Y los reconoció Dios” (Éx. 2:25)	37
6. “Y te enviaré a Faraón” (Éx. 3:10)	42
7. “¿Quién soy yo?” (Éx. 3:11)	50
8. “No me creerán, ni oirán mi voz” (Éx. 4:1)	58
9. “Ve y vuélvete a Egipto” (Éx. 4:19).....	66
10. “Deja ir a mi pueblo” (Éx. 5:1).....	73
11. “Y os tomaré por mi pueblo” (Éx. 6:7).....	79
12. “No has querido oír” (Éx. 7:16)	87
13. “La sangre os será por señal” (Éx. 12:13).....	99
14. “Y Jehová iba delante de ellos” (Éx. 13:21)	105
15. “No temáis, estad firmes” (Éx. 14:13).....	110
16. “Cantaré yo a Jehová” (Éx. 15:1)	116
17. “¿Qué hemos de beber?” (Éx. 15:24).....	121
18. “Os saciaréis de pan” (Éx. 16:12).....	126
19. “Y golpearás la peña” (Éx. 17:6)	131
20. “Josué deshizo a Amalec” (Éx. 17:13).....	135

21.	“Hizo todo lo que dijo” (Éx. 18:24)	142
22.	“Y Moisés subió” (Éx. 19:20)	151
23.	“Enviaré delante de ti la avispa” (Éx. 23:28)	160
24.	“Aarón lo había permitido” (Éx. 32:25)	165
25.	“Ven con nosotros” (Nm. 10:29)	172
26.	“Hablaron contra Moisés” (Nm. 12:1)	178
27.	“Los envió Moisés” (Nm. 13:17)	183
28.	“Los comeremos como pan” (Nm. 14:9)	190
29.	“Golpeó la peña con su vara” (Nm. 20:11)	197
30.	“No pasarás por mi país” (Nm. 20:18)	203
31.	“Hazte una serpiente ardiente” (Nm. 21:8)	212
32.	“Ni maldigas al pueblo” (Nm. 22:12)	219
33.	“Y le dio el cargo” (Nm. 27:23)	227
34.	“Bastante tiempo en este monte” (Dt. 1:6)	233
35.	“Te ha entregado la tierra” (Dt. 1:21)	240
36.	“No subáis, ni peleéis” (Dt. 1:42)	246
37.	“No me escuchó” (Dt. 3:26)	250
38.	“Cuídate de no olvidarte de Jehová” (Dt. 8:11)	257
39.	“No puedo más salir ni entrar” (Dt. 31:2)	262
40.	“Se ha acercado el día de tu muerte” (Dt. 31:14)	269
41.	“Y murió allí Moisés” (Dt. 34:5)	274

PRÓLOGO



Nuevamente llego al lector con otro libro de mi serie *Sermones de grandes personajes bíblicos*. Esta vez sumo el título *Moisés, el libertador*.

Espero que este libro, otra de mis muchas aventuras homiléticas, sea útil a todos aquellos y aquellas que han recibido un llamado al ministerio para servir a la Iglesia de Jesucristo y en ella. Cada uno de estos sermones fue expuesto desde el púlpito de la *Iglesia Pentecostal de Jesucristo de Queens, Inc.* (IPJQ). Luego compartí varios sermones en congresos internacionales, convenciones conciliares y en congregaciones locales, tanto nacionales como internacionales. Algunas de esas audiencias selectas que escucharon las exposiciones de estos sermones fueron varios distritos de las Asambleas de Dios en México. La aceptación general del público ha sido muy positiva.

Moisés es el último de muchos longevos en la Biblia, que llegó a ver su cumpleaños ciento veinte. En longevidad sobrepasó a su hermana María y a su hermano Aarón, que murieron en el año cuarenta del éxodo de Egipto, destino que también le tocó a Moisés. Debido a que este líder golpeó la peña en Cades Meriba, él y su hermano fueron impedidos de entrar a la tierra prometida (Nm. 20:12). Esos ciento veinte años se dividen magistralmente en tres periodos de cuarenta años cada uno.

El *primer periodo de cuarenta años*, Moisés lo vivió en una cultura de adopción como príncipe egipcio, criado por la hija de Faraón, posiblemente la hermana de Ramsés II, cuya momia he visto en el Museo del Cairo en Egipto. Sin embargo, en sus primeros años, su propia madre hebrea llamada Jocabed fue la nodriza que trabajó para la princesa egipcia cuidando al niño Moisés. Esta mujer hebrea levita logró implantar en el corazón de este niño suyo y de crianza, principios y valores que luego en su vida de adulto salieron a flote. En su formación educativa egipcia, se alimentó de la historia y

la cultura de dicho país. Elementos y rasgos de este periodo los veremos más tarde en su liderato hebreo.

El *segundo periodo de cuarenta años*, Moisés lo vivió como fugitivo en la tierra de Madián, en el área del monte Sinaí, en Egipto o en Arabia. Fue el tiempo de adoptar una nueva cultura, la madianita, casándose con Séfora, la hija de Reuel (Éx. 2:18, RV-1960; en RV-1909 se lee Ragüel) o Jetro (Éx. 3:1). En esta segunda cultura, del desierto, vivió la vida de un beduino. Los rasgos de este periodo lo ayudaron en la tarea nada fácil de comandar a más de un millón de personas en los rigores de la vida desértica.

El *tercer periodo de cuarenta años* se inaugura con una revelación de Yahvéh a Moisés, desde una zarza ardiendo en fuego que no se consumía. En un diálogo abierto y franco con el Dios hebreo, Moisés se encuentra a sí mismo y descubre el propósito de su vida. Al descubrir quién era Dios, se descubrió a sí mismo. Allí en Horeb o Sinaí —un juego de nombres en hebreo para designar el mismo lugar—, Dios le encomendó la gran comisión de ser el libertador del pueblo hebreo. Y por medio de demandas a Faraón y de una serie de plagas, finalmente este accedió a dejar en libertad a este pueblo oprimido, que salió de Egipto remunerado y compensado por sus cautivadores.

Hablando en una ocasión con mi amigo Victor Oyosa —un pastor extraordinario que ha hecho una gran diferencia en Villa Hermosa, Tabasco—, mientras visitábamos las pirámides de Palenque en Chiapas, México, pudimos resumir los tres periodos de la vida de Moisés así:

- En el primer periodo, en Egipto, Moisés lo tenía todo. ¡Vivió en abundancia!
- En el segundo periodo, en tierra de Madián, a Moisés le faltaba todo. ¡Vivió en necesidad!
- En el tercer periodo, en la ruta del éxodo, la del desierto, Moisés no tenía todo lo que tenía. ¡Vivió dependiendo de Dios!

El famoso evangelista del siglo XIX, Dwight L. Moody, dijo: “Moisés pasó sus primeros cuarenta años pensando que era alguien. Luego pasó sus siguientes cuarenta años pensando que no era nadie. Pasó, por fin, sus últimos cuarenta años descubriendo lo que Dios puede hacer con un don nadie”.

En estos tres periodos, Moisés lo tuvo todo, lo perdió todo y lo ganó todo. Muchos pecadores lo tienen todo en el mundo. A no ser

que pierdan todo lo que es del mundo, jamás podrán ganar todo lo que el Señor Jesucristo les quiere dar en el reino de los cielos.

Luego vemos a un Moisés que enfrenta la oposición, la crítica y el rechazo de aquellos que había ayudado a recuperar su libertad del yugo egipcio. Estos mismos, en momentos de crisis, arremetían contra el líder, añorando hipócritamente la vida de esclavitud faraónica.

En cuarenta días, el pueblo hebreo que había salido de Egipto pudo haber estado en la frontera de la tierra prometida, sin embargo les tomó cuarenta años sacar a Egipto de ellos. Un viaje de cuarenta días se transformó en un recorrido de cuarenta años. Muchos se convierten y en una semana dejan el mundo, pero les toma muchos años sacar el mundo de sus corazones.

Vemos a un Moisés que tuvo resistencia de la propia familia. Su hermano Aarón se presenta carente de carácter para tomar decisiones en su ausencia. Luego su hermana María aparece confabulada con su hermano Aarón, criticando su intimidad espiritual y el liderazgo.

A Moisés le tocó guardar luto por María su hermana mayor y luego por Aarón su otro hermano, ambos murieron en el año cuarenta de la peregrinación del éxodo de Egipto. Luego, Moisés también debió subir al monte Nebo y morir.

En esta serie de predicaciones, veremos las muchas facetas de Moisés: el adoptado, el defensor, el despatriado, el exiliado, el yerno, el padre, el diplomático, el libertador, el dirigente, el determinado, el confiado, el organizador, el estadista, el legislador, el hombre temperamental, el líder criticado, el hombre manso y el hombre espiritual.

Como siempre, agradezco a mi secretaria personal, la Lic. Carmen Torres, que ha estado dispuesta a asistirme en el trabajo de mecanografía y computación. Aunque manejo estas áreas, su ayuda agiliza mi trabajo; y de esa forma trabajo con más facilidad. De igual manera, expreso mi agradecimiento al personal de la Editorial Portavoz, por haber hecho posible este proyecto literario.

Sin nada más, te invito a que me acompañes en este viaje homilético sobre uno de los personajes más influyentes de todos los tiempos: Moisés. ¡Esta lectura será una inversión para tu vida, tu llamado y tu ministerio!

Dr. Kittim Silva Bermúdez
Queens, New York
MMVII

“NO CONOCÍA A JOSÉ”



“Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José; y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros, y se vaya de la tierra” (Éx. 1:8-10).

Introducción

Éxodo 1:1-22 y 2:1-10 cubre en estos pocos versículos unos cuatrocientos treinta años de opresión del pueblo hebreo en Egipto. El capítulo 2:1-5 cubre los primeros cuarenta años de la vida de Moisés, desde que fue rescatado de las aguas del río Nilo por la hija de Faraón hasta que huyó a tierra de Madián, por haber matado intencionalmente a un egipcio.

Éxodo 2:16-25 cubre cuarenta años de la vida beduina de Moisés en el desierto de la tierra de Madián y del Sinaí. El resto del libro de Éxodo cubre cuarenta años más de peregrinaciones en el desierto, después de haber logrado el éxodo del pueblo hebreo de la opresión faraónica. Es decir, tres cuarentenas de años.

I. El olvido

“Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José...” (1:8).

Con el patriarca Jacob, entraron a Egipto setenta personas (1:1-5). Todos estaban bajo la protección de José y de la buena voluntad del

Faraón agradecido, que era de la dinastía de los hicsos, quienes ya habían conquistado a los egipcios para el tiempo del mencionado patriarca.

La vida trágica de José —que lo llevó del pastorado en Siquén a la esclavitud en Egipto; de mayordomo en la casa de Potifar a prisionero en una cárcel federal de Egipto— fue el proceso utilizado por Dios para, un día, providencialmente acercarlo a Faraón como intérprete de sueños.

La vida de José se movió en el péndulo de la aceptación al rechazo y del rechazo a la aceptación. Muchas veces Dios recicla las tragedias, las desgracias, los fracasos, las envidias, los celos, las discriminaciones y las heridas emocionales de muchos seres humanos para usarlos como instrumentos de su providencia. Sanadores heridos, caídos que levantan a otros, solitarios que dan compañía, despreciados que aprecian, rechazados que aceptan a los demás. En todo lo bueno y lo malo que ocurre en la vida, Dios siempre tiene alguna lección moral, humana y espiritual que enseñarnos. Y así, de esta manera, somos socorristas, rescatadores de aquellos que les hicieron daño y los privaron de derechos, privilegios y oportunidades que les correspondían en el plano de lo natural.

Por más de cuatrocientos años, exactamente cuatrocientos treinta, el pueblo hebreo en Egipto fue beneficiario del favor político faraónico. Pero aquel padrinaje social llegaría a su fin. Un día muchas oportunidades y beneficios sociales pueden llegar a su final. Lo que tenemos hoy, nos puede faltar mañana. Somos una generación bendecida y oraremos que las que nos sigan sean también favorecidas.

Leemos: “Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación” (1:6). Aquellas generaciones de José y sus hermanos fallecieron, y le siguieron más de diez generaciones. Leemos: “Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación”. La muerte es para todos, fue para las generaciones que nos antecedieron, será para nosotros que vivimos y seguirá para nuestros hijos. ¡A no ser que Jesucristo retorne para levantar a la Iglesia, todos estamos en la nómina de la muerte!

Sobre los hijos de Israel, había una unción de multiplicación: “Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra” (1:7).

Sobre la Iglesia en estos días, hay unción de fructificación, multiplicación, aumento, fortalecimiento y llenura del Espíritu Santo. Por toda la tierra, el Espíritu Santo está produciendo en la Iglesia multiplicación y crecimiento.

Pero en medio de este crecimiento descomunal, se está levantando en el Egipto espiritual —el mundo— un espíritu faraónico que no conoce el espíritu de José, el soñador. Son enemigos de la Iglesia, que desconocen la historia espiritual de esta, y que no valorizan los aportes sociales y espirituales que ella ha hecho en el mundo sociopolítico de su entorno.

“Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José...” (1:8). En la historia de todo ser humano, aparecerá siempre alguien que no nos conocerá. No importa cuánto bien hayamos hecho a otros, llegará el día que seremos olvidados.

Leemos lo dicho por el Faraón: “He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros” (1:9). Esto se conoce en psicología y sociología como xenofobia, el miedo a otros grupos étnicos. La fobia ante el progreso y desarrollo de otras etnias tiene a muchos preocupados. Muchos políticos presentan legislaciones que son discriminatorias y opresivas contra minorías trabajadoras y ejemplares.

Faraón vio en las estadísticas del censo hebreo una amenaza a la seguridad, estabilidad, economía y protección de su etnia egipcia. Él catalogó a la etnia hebrea como “mayor y más fuerte” que su propia etnia.

El temor de que los hebreos continuaran multiplicándose y que, eventualmente, se unieran a los enemigos de Egipto y se fueran del país era alarmante. La etnia hebrea realizaba muchos trabajos que ya no querían realizar los egipcios (1:10), con salarios bajos. Por supuesto, ellos no tenían sindicatos que pelearan por un contrato decente para los próximos años. Había que desarrollar un plan antiminoría para detener el avance y crecimiento de la etnia hebrea. Lo mismo ocurre hoy día en países desarrollados contra minorías de países subdesarrollados y minorías sociales.

Aún en países como el nuestro, los Estados Unidos de América, una tierra donde *fluye leche y miel* en su economía, el muro que se ha levantado en la frontera con México es un muro de vergüenza, de separación, es una verja de enemistad contra un país vecino y amigo. Lo mismo sucede con el muro que se ha levantado en muchos territorios palestinos, por parte de un pueblo que ha sufrido por el antisemitismo y la xenofobia. Pero si somos justos, podemos hablar de antipalestinos, antihispanos, antinativos, antinegros, antiorientales, antiárabes, antijudíos...

Pero nosotros no sigamos construyendo muros de discriminación, de separatismo, de rechazos sociales. No vivamos segregados los unos de los otros. Por causa de Jesucristo y del evangelio,

busquemos la paz y la unidad como seres humanos. ¡Que jamás en nuestras congregaciones se levanten muros de ministerios que nos distancien de la visión del reino de Dios! ¡Luchemos por la unidad, la tolerancia y el respeto al prójimo!

II. La opresión

“Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza” (1:13).

Al pueblo hebreo se le impusieron “tributos” y “cargas”, y se lo obligó a edificar las ciudades de “Pitón y Ramesés” (1:11). Satanás, y el Señor lo reprenda, quiere oprimir a un pueblo que ha vivido en libertad, le quiere imponer cargas espirituales y busca la manera de cansarlos espiritualmente.

- *Pitón* significa “estado real de Atum”, dios egipcio, lugar ubicado próximo al Canal Ismalía, sesenta millas (noventa y seis kilómetros) al noroeste del Cairo.
- *Ramesés* fue una ciudad edificada por Ramsés II, posiblemente el Faraón del éxodo bajo Moisés. Según un registro egipcio, los Apirú trabajaron en esta ciudad, y el nombre puede referirse a los hebreos.

Leemos: “Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza”. Egipto representa el “mundo”, y “los hijos de Israel” representan el pueblo de Dios —ahora la Iglesia— bajo esta economía o trato divino con la humanidad ante el rechazo de Israel.

El mundo impone sobre los seres humanos servicio duro; Jesucristo le pide a la Iglesia servicio voluntario. El mundo les pone cargas a las personas; Jesucristo le toma las cargas. El mundo busca oprimir a hombres, mujeres, jóvenes y niños; Jesucristo les quita las opresiones a los que creen en Él.

Leemos: “Y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban con rigor” (1:14).

“Y amargaron su vida...” En Egipto solo hay amargura. Solo en Jesucristo y en la Iglesia encontramos gozo, alegría y felicidad. No nos amarguemos la vida nosotros mismos, no dejemos que otros nos amarguen la vida. ¡Disfrutemos la vida!

“...al cual los obligaban con rigor”. Jesucristo no obliga a nadie para que haga las cosas. Obligar con rigor, con amenazas, con intimidaciones... es contrario a la libertad que Jesucristo ofrece.

Aprendamos a hacer las cosas para Dios y por otros con voluntad dispuesta y no por obligación. No porque nos obligan, sino porque lo sentimos.

III. La orden

“Pero las parteras temieron a Dios, y no hicieron como les mandó el rey de Egipto, sino que preservaron la vida a los niños” (1:17).

El Faraón les ordenó a dos parteras egipcias llamadas “Sifra y Fúa”, que asistían a las mujeres hebreas en sus alumbramientos, dar muerte a los niños varones que vieran nacer (1:15-16).

Dios se le reveló al corazón de estas dos mujeres y les infundió temor, de tal manera que desobedecieron el edicto infanticida del Faraón. Su temor a Dios estuvo por encima del temor a Faraón. Fueron rebeldes con causa. Entraron en desobediencia civil a causa de Dios. Cuando “...el rey de Egipto hizo llamar a las parteras y les dijo: ¿Por qué habéis hecho esto, que habéis preservado la vida a los niños?” (1:18), ellas declararon: “...Porque las mujeres hebreas no son como las egipcias; pues son robustas, y dan a luz antes que la partera venga a ellas” (1:19). Aunque parece que ellas mintieron, podríamos creer que era cierto, las mujeres hebreas eran “robustas” y ligeras en dar a luz.

Sifra y Fúa fueron dos heroínas que defendieron a niños indefensos y no cumplieron con una ley injusta. Hoy día se necesitan opositores a las prácticas faraónicas del aborto inducido. Necesitamos personas como estas parteras que teman a Dios y mantengan principios y valores humanos. Valientes que ayuden a los que no pueden ayudarse. Personas que defiendan a los que no se pueden defender. Para esto no tienes que ser republicano, demócrata o liberal, sino un creyente de principios y valores alimentados por la Palabra de Dios.

Dice la Biblia: “Y Dios hizo bien a las parteras; y el pueblo se multiplicó y se fortaleció en gran manera” (1:20). ¿Quieres que Dios te haga bien? ¡Haz tú bien a otros! ¡Siembra para cosechar! ¡Ayuda a otros, y Dios te ayudará!

No solo Dios las bendijo a ellas, leemos: “Y por haber las parteras temido a Dios, él prosperó sus familias” (1:21). ¡Teme a Dios y verás cómo tu familia prospera y es bendecida! En el mundo, hay personas bendecidas por Dios porque le han temido.

Faraón cambió su plan: “Entonces Faraón mandó a todo su pueblo, diciendo: Echad al río a todo hijo que nazca, y a toda hija

preservad la vida" (1:22). Malos gobiernos contribuyen a producir malos ciudadanos. Cualquier egipcio que viera a un niño recién nacido tenía la orden de echarlo al río. En ese escenario de falta de respeto a la vida humana, de leyes enemigas de los valores y principios humanos, nacería Moisés, el gran libertador de un pueblo cautivo, el emancipador de los oprimidos, el defensor de las minorías, el luchador de los derechos humanos y el instrumento providencial de Dios para ayuda de los indefensos.

El derecho a nacer, el derecho a la vida, el derecho a la atención médica, el derecho a la propiedad, el derecho a la protección, el derecho a la educación, el derecho a la expresión pública, el derecho a la religión, el derecho a vivir con dignidad son derechos de todos los seres humanos.

Conclusión

Lo que hoy disfrutamos como generación y disfrutarán nuestros hijos puede que les falte a muchos descendientes nuestros. Hoy somos conocidos, no sabemos si mañana alguien sepa quiénes fuimos. El mundo es un tirano contra sus servidores, cuánto más le sirven, más los oprime. Es mejor obedecer a Dios y ser desobedientes civiles a los hombres en aquellas cosas que son contrarias a la voluntad de Dios. La desobediencia traerá malas consecuencias, pero la obediencia traerá buenas consecuencias. ¿Qué decidiremos?